

EL DANDI Y OTROS TIPOS DEL SIGLO XIX, IMAGEN Y APARIENCIA EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA MODERNIDAD

Salvadora María Nicolás Gómez

Universidad de Murcia

Según esa idea de que una de las funciones de la aristocracia en la historia ha sido aportar lo superfluo, el lujo, la delicia, y el placer a la sociedad que, según los antropólogos, le son indispensables, podemos analizar la figura del dandi de desde dos puntos de vista al menos: como personaje histórico y como personificación de una actitud vital.

La época del dandi histórico, a comienzos del siglo XIX, es un período en el que lo frívolo y festivo adquiere importancia cultural siendo uno de los protagonistas el dandi que suele ser parangonado al aristócrata.

En cuanto a la apariencia y a la indumentaria masculina, según Baudelaire, el dandi es el último en personificar la antigua aristeia (excelencia) partiendo de personalidades como Brummell, D'Orsay, o D'Aurevilly, y su acreditada elegancia (Fig.1).

Sin embargo la elegancia del dandi, a veces, consiste, precisamente, en no ir a la moda estrictamente llevada. La indeterminación produce la distinción (Baudelaire). Se puede ser un gentleman, un caballero elegante, pero éste no tiene por qué ser un dandy. Esto es, se puede ser elegante pero no ser dandi; sin embargo no se puede ser dandi sin ser elegante. Además, por otro lado, se considera que la elegancia del dandi, su aristocracia natural, no tiene por qué darla ni la noble cuna, ni el dinero.

Proponemos un análisis del dandismo interpretado, no solo como afectación o cliché de distinción social, sino también como actitud genérica. Como la representación personificada del buen gusto, por encima de la noble cuna, o el poder del dinero. Además, trataremos el dandismo como una posición particular respecto a la modernidad.

Lo simple y natural en el dandismo

A propósito del histórico “Motín de Esquilache”, puede ser considerado que en el fondo lo que se pretendía al cortar aquellas capas era modernizar a través de una

iniciativa revolucionaria que en este caso afectó específicamente a la indumentaria masculina, pero que puede aparecer de alguna manera, aunque sea distante, como un síntoma más de los comienzos de la modernidad, pues, las capas modernas son las cortas, es decir, las simplificadas, más cómodas y fáciles de llevar.

El dandi parece tomar algo de la idea del pensamiento revolucionario burgués que idealiza lo simple y lo natural frente a lo complejo: el ideal remoto era el “noble salvaje” (Alberoni, F. 1976: 61-75). El principio básico es el decoro y la discreción indumentaria. La mayor aspiración es el difícil y quizá imposible “arte de pasar notoriamente desapercibido” (G. Brummell); en eso consistía la elegancia para un dandi. Si llamaba la atención no se consideraba vestido con elegancia. Son famosas algunas de las cortas frases de respuesta del Beau Brummell contra quienes se dirigían a él alabando su atuendo, pues, lo simple y natural, aunque resultado de una laboriosa preparación, se nota pero no se ve. La extravagancia y el excentricismo no tienen por qué acompañar a un dandi siempre, ni son atributos imprescindibles suyos.

El dandi provoca, pero su provocación no se manifiesta con gestos airados, sino con una pose llena de naturalidad y armonía. Su excentricidad, sobre todo en el dandi inglés, es una especie de revolución individual contra las conveniencias sociales y el aburrimiento de lo convencional. Lo que al principio fue una táctica que afectaba sobre todo a la indumentaria, posteriormente se convirtió en una actitud general que lleva las artes del dandismo a su propia persona y a su vida, convirtiéndose en una auténtica manera de ser. El dandi hace de su vida, rebelde y pasiva a la vez, un verdadero tratado del comportamiento.

El dandismo constituye, de alguna manera, una especie de metafísica, un envite particular respecto a la cuestión del ser y del aparecer. Hay una especie de relación bilateral indispensable entre dandi y juventud (P. Pena.1998: 107-122). Uno de los valores resaltados por el dandismo es el de la juventud o, al menos, la apariencia de juventud. El dandi suele tener por condición indispensable o imprescindible su apariencia joven. Tiende a querer alargar esa apariencia de juventud al máximo. Trabaja su imagen para aparentar juventud el mayor tiempo posible. En ese sentido no se puede dejar de lado que la idealización de la juventud es factor de peso en la construcción de la modernidad.

Conforme al arte de vivir bien, la higiene es moderna. G. Brummell simboliza, aún hoy, el ideal de elegancia masculina cuyo estilo se basa en: llevar el cabello limpio y bien cepillado; tener minuciosa higiene personal; llevar traje perfectamente cortado y

planchado, sin la menor arruga. Todo ello concuerda con ideas modernas higienistas en boga en el siglo XIX, tanto para la higiene pública promovida por las administraciones públicas para evitar enfermedades y epidemias en las ciudades, como para potenciar la higiene privada de los propios ciudadanos. Porque los baños diarios, el deporte, el gimnasio, como los spa hoy, además de los beneficios para la salud y de ser síntoma de bienestar económico, son lo moderno.

En cuanto a la indumentaria, el paletó entró en la moda masculina de mediados del siglo XIX, introducido por un dandy: el conde d'Orsay, con los adjetivos de "cómodo y gracioso" esto es, una prenda de vestir, de origen popular, caracterizada por ser confortable. El utilizar el término y concepto de confort es síntoma de modernidad, como lo es considerar como valor añadido el que algo sea cómodo. La actitud de modernidad es protagonizada por el dandi d'Orsay al poner rabiosamente de moda una prenda que por su origen estaba fuera por completo de los circuitos habituales de haute fashion.

La modernidad, la libertad, o el dandi

El dandismo no se preocupa de la regla, aunque la conoce. La independencia hace al dandi. No hay una legislación del dandismo, si la hubiera se podría ser dandi observando esa ley, y lo sería quien quisiese; sería una regla a seguir y eso sería todo.

En el dandismo todo está dominado por la fantasía y ésta "no está permitida más que a quienes les corresponde, y la consagran ejercitándola" (Barbey d'Aurevilly.). "La palabra dandi implica una quintaesencia de carácter y una inteligencia sutil de todo mecanismo moral de este mundo" (Baudelaire). O sea, la actitud dandi, cuando la hay, abarca y afecta a cualquier esfera de la vida.

En un contexto de decadencia, Baudelaire, considera el dandismo como la última hazaña posible, como búsqueda de distinción y nobleza, como búsqueda de una "aristeia" (excelencia) de la apariencia. Quizá, en el fondo, el dandi, es en realidad para él, el antimoda, ya que el dandi, con su fantasía, rompe tendencias establecidas por la moda, e impone su elección. Como odia lo vulgar, y se siente intelectual, se refugia en lo estético; más allá de la moda. En eso es donde le vemos antimoda.

El traje masculino

La apariencia es el aspecto exterior, o parecer, de una persona. Lo que parece. Lo primero con lo que topamos de una persona es con su apariencia, con el conjunto de su

aspecto. Por tanto, se dice: “la persona que no conocemos por el porte la juzgamos” (B. Gracián). “El porte”, el conjunto, la actitud, la pose, nos indica muchas cosas sobre esa persona que no solo se ven, sino que también se notan formando parte de su apariencia.

Pero en el conjunto de la apariencia general de una persona suele destacar algo por encima de lo demás: el traje que lleve. El traje es el más enérgico de todos los símbolos. Se podría decir que en la Revolución Francesa el debate parecería haber sido entre la seda (la aristocracia) y el paño (la burguesía). Los colores vivos, las esclavinas, los alamares son característicos de la forma de vestir de la nobleza, y también de la clase militar. Paul de Molènes escribe por extenso sobre la coquetería militar, y sobre el sentido moral del traje en las tropas.

Se suele coincidir en admitir que el traje masculino a comienzos del siglo XIX procede del uniforme de caballero militar. El hecho de montar a caballo también influyó bastante en sus características por las necesidades de adaptación que requiere la indumentaria civil para ello (Fig. 2).

La indumentaria masculina se componía por entonces básicamente de: chaqueta, corta por delante, larga por detrás, con faldones; camisa blanca; corbata, o también pañuelo anudado al cuello, blanco o negro; chaleco con cuello, o gilet, uno, o más de uno, puestos uno encima del otro; pantalones (en esta época los “culottes longues” entraron en sociedad), o calzones ajustados a los tobillos, a veces por debajo de los zapatos, estrechos, y más delante de “patas de elefante”, según el período. Los dandy llevaban los pantalones dentro de las botas. Sombrero cilíndrico alto, más o menos, depende del período, llamado “sombrero de copa”; bastón, a veces; trae el recuerdo, quizá, de la fusta de cabalgar; peinado de cabellos ensortijados, hacia delante, a lo “emperador Tito” (Fig. 3).

La corbata

Esa misteriosa invención de misterioso origen. Se suele admitir que el origen de la corbata procede del uniforme militar de los mercenarios croatas llamados en su ayuda por Luis XIII de Francia. Se convirtió en todo un signo y símbolo de distinción entre los varones que vieron en ella la posibilidad de desarrollar su fantasía en la indumentaria sin disminuir, ni su rango, ni su masculinidad.

Socialmente, se tuvo en cuenta la importancia de llevar o no corbata, y de ello se derivó toda una gama de diferencias en las corbatas, en la manera de anudarla, en el color, etc. Con ello se originó todo un “arte de llevar la corbata”. Los británicos

distinguían entre la corbata-pañuelo (neckcloth) y corbata estrecha (necktie). Pronto ésta última se impondría a las demás. Hubo numerosísimas fórmulas para anudar la corbata hasta caer en la exageración: “a la maleta”; “a la concha”; “a la italiana”; “a la oriental”; “a la cuello de caballo”; “en cascada”; “de baile”; “a la sentimental”; “a la rusa” (negra) (Brian, D.). Los caballeros se diferenciaban por la elección de su corbata y por la forma escogida para hacer el nudo en ella, distinguiéndose los más elegantes de los que lo eran menos. Decía Oscar Wilde que una corbata bien anudada es el primer paso serio en la vida. El tema de la corbata y sus anudamientos llegó a cobrar tanta importancia, y se llegó a exagerar tanto, que pronto surgieron en torno a ella la sátira, la mordacidad y el humor (Balzac, Honoré, 1830 (1980: 125-145).

Importancia del color en el atuendo. El traje masculino burgués

Los colores vivos eran característicos de la forma de vestir noble. Tras la Revolución Francesa no aparece un modelo único en el vestir. Hay diferentes modelos populares y aristocráticos, cuya mezcla caracteriza los primeros veinte años del siglo XIX, y en particular el período de la restauración borbónica en Francia.

El tono oscuro o negro del traje es característico de la moda burguesa. Servía para diferenciar a una clase que, después de la derrota de la nobleza en la revolución, se oponía a ella, buscaba símbolos externos de la legitimidad de su poder conquistado, y encarnaba en el traje sus nuevos valores.

Nuevos valores que eran de austeridad, seriedad, igualdad frente a la ley, estado de derecho. Los burgueses adoptan señas de identidad, códigos externos diferentes de los nobles: ser discretos, tener apariencia austera. El color negro indicaba ambas cosas, sobriedad y discreción, con doble significado más o menos oculto: su renuncia voluntaria a la apariencia ostentosa, ocultaba al mismo tiempo una realidad, la de que los tejidos negros eran muy costosos y por tanto mostraba la afirmación de su rica fortuna. En definitiva, una apariencia que juega con la modestia a la vez que con la distinción. A partir de la desaparición de los últimos vestigios del Antiguo Régimen, parece consolidarse la elaboración de un estilo de vestir propio de la burguesía, casi un uniforme, que elimina los modelos anteriores.

El traje masculino burgués es, en parte, toda una estrategia de la apariencia. El traje masculino burgués se distingue, frente al traje noble y aristócrata, por tres componentes: a) es sobrio, oscuro, austero; b) es claramente civil, no militar; c) es un traje de paño, no es de seda y es mate, no brilla.

El traje masculino burgués es una especie de uniforme para un tipo de hombre que no utiliza los recursos del aristócrata, ni del dandi, como estrategia de comportamiento. Es un traje para hombre que persigue con esfuerzo constante sus objetivos, y cumple con seriedad sus compromisos de trabajo. Sus herramientas son los negocios, la justicia, las finanzas, donde actúa sin emoción. Elige el azul oscuro o el negro habitualmente, el gris oscuro para la oficina, el despacho, el lugar de trabajo, y con el color y el tejido formaba una seña de identidad que se contraponía a las de la nobleza, y la aristocracia, o a los dandy.

Dandi: el mito

El dandi no es un producto del siglo XIX, ni se muestra tan solo en el mundo moderno, o en el mundo occidental. El dandi, como actitud vital representada por un varón, es algo que puede aparecer personificada en cualquier época de la historia (Grecia, Roma...; Aquiles, Alcibíades, Petronio...), y en cualquier civilización, incluidos indígenas de Polinesia, del centro de África, o de las tribus amazónicas. Un escritor romántico como Chateaubriand (Atala y René. 1802) recoge en sus relatos la descripción de su existencia en remotas civilizaciones. Fue famoso el duque de Lauzun, en la corte de Luis XIV, por su encanto personal y sus dotes seductoras de dandi *avant-la-lettre*, según referencias de otro dandi, el famoso Barbey d'Aurevilly, en el siglo XIX, quien escribe sobre él su artículo "Un Dandi anterior a los dandis". Sin embargo hablamos de un dandi con mayor seguridad al encontrar el prototipo de finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, aunque su estética no se puede limitar a unos rasgos específicos, sino que es más bien cambiante.

El dandi del siglo XIX se consolida a partir de la Revolución francesa, equidistante, o lo parece, entre la vieja nobleza, la antigua aristocracia, y la alta burguesía en imparable ascenso. En esta época es inevitable escuchar la palabra dandi y no pensar en un caballero británico. Aunque no se puede dejar de imaginar también una actitud de "bon vivant" francés. Incluso es ineludible pensar asimismo en alguien snob porque la esperanza de ascenso social puede quedar para algunos, sin ser nobles, en destacar por su extravagancia.

Si vamos al diccionario de la Lengua encontramos que un dandi es un hombre que viste a la moda; pero si acudimos a una enciclopedia leemos que "en el primer tercio del S. XIX (hacia 1813-16), se llamó dandis a los jóvenes pertenecientes a la más alta sociedad británica que formaban una especie de agrupación tácita que se atribuía el

derecho exclusivo a dar el tono y dictar la moda en todas las cuestiones, pero sobre todo en la más externa, el vestir. Al principio fue algo asociado externamente a la indumentaria y a la apariencia, pero después se convirtió en una actitud más general” (Larousse).

El dandi destacaba entre otros tipos contemporáneos a él y, sobre todo, se diferenciaba del burgués característico, por la manera de actuar en sociedad, por su forma de moverse, comportarse, aunque lindara con él en algunos matices en ciertos momentos, sobre todo a mediados del siglo XIX, en Francia o en Gran Bretaña, donde los usos y costumbres en sociedad estaban completamente establecidos y reglados de antemano, extendiéndose su observación a toda Europa (Entre otros: Don't : A Manual of Mistakes and Improperities more or less prevalent in Conduct and Speech. Londres: Field & Tuer. 1880. Mrs. Humphry (“Madge” of “Truth”). Manners for men. Londres: Ward, Lock & Co., Limited, (s.a.). Nuevo Manual de Urbanidad, Cortesanía, Decoro y Etiqueta o El Hombre fino. Madrid: Librería de Hijos de D. J. Cuesta. 1889).

A menudo es identificado el dandi, sin razón, como algo relacionado con la simple veleidad, y la frivolidad. En toda Europa triunfó la denominación inglesa de “dandy”. Pero todo el siglo XIX está lleno de frases hechas para referirse a un dandy: “Él es un “lion”; “Él es un “guanti-gialli”; “Él es un “cravatta-bianca” (white-tie, a la inglesa); en España a finales del siglo XVIII y en el siglo XIX: “Él es un” pírraca, lechuguino, petimetre”.

La definición del verdadero dandi podría ser la de un hombre de andares cuidados, original y algo rebuscado, y de lenguaje escogido. El dandi practica una especie de culto a sí mismo; es el placer de sorprender y la satisfacción orgullosa de no ser jamás sorprendido. Todos son factores necesarios a un dandi que no necesariamente dan ni la buena cuna ni el dinero. El dandi suele tener una apariencia especialmente atildada, y llena de afectación. Nosotros matizaríamos esa palabra para decir distinción, esto es, atildado pero distinguido. El dandismo, sobre todo en el siglo XIX, es concebido por sus practicantes como una actitud de disciplina privada tácita rígida y exigente

Según Baudelaire, el dandi es un apasionado de la distinción; para el dandi la perfección en el vestir consiste en la simplicidad absoluta que es, en efecto, la mejor manera de distinguirse (Baudelaire, Ch. 2000: 113-118). El dandi es a la vez espartano y frívolo, hedonista y asceta. Linda con el espiritualismo y el estoicismo porque, el verdadero dandi, practica una disciplina tácita, rígida y exigente. Paradójicamente el resultado natural es la distinción.

Pero, ¿cómo es el dandi? El dandi es: egocéntrico, impasible e impertinente. De su egocentrismo, ya se ha hablado. Es impasible como lo son los antiguos aristócratas del lejano oriente. Es impertinente para hacer valer su distanciamiento, su superioridad, y su personalismo frente a los demás. La forma de actuar, moverse, comportarse, la manera exacta de mover la mano, el brillo conciso de las frases que dice, son aspectos o facetas de una actitud de cierto desafío.

¿Dónde se desenvuelve el dandi? Su casa estará llena de objetos elegidos por su fantasía: muebles recargados y armas antiguas; porcelanas y tibores orientales; acuarelas y dibujos escogidos; jades, pipas, tabaqueras exóticas,...En la calle, aparecerá paseando por Bond Street (en el Londres de 1820). En el salón, la sensibilidad del dandi hace que ese mundo femenino que es el salón, sea un lugar privilegiado para el dandismo, porque el dandi, frío y artificial es –o parece pretenderlo- el contrapunto de las damas en el salón (Blanco Ratti, P. E.).

Efectivamente, el dandi, por encima de lo demás, se guía por el culto al ego, la impasibilidad, la fantasía, la elegancia y la distinción. Dejarse admirar por todos sin jamás admirarse de nada. En la escena social brilla su esteticismo pero muestra, o puede mostrar, su disidencia con toda elegancia establecida convencionalmente.

El culto a su persona se manifiesta en el día a día de un dandi. Se levanta a las once de la mañana. Recibe en bata, generalmente de moda oriental, y zapatillas bordadas; fuma en pipa, mantiene actitud indolente. El dandi no tiene ideales; su ideal está en sí mismo. Esos seres no tienen otro estado que el de cultivar la idea de lo bello en su persona, de satisfacer sus pasiones, de sentir y de pensar” (Baudelaire).

Sus valores están fundamentados en lo que los demás consideran inútil. El dandi no hace nada útil. No hace nada. El dandi más puro es el que menos hace. Hay otro tipo de dandi que es el que además hace algo (Sheridan (actor), o Byron (poeta), o Oscar Wilde, Baudelaire (escritores). Pero el dandi histórico el de comienzos del siglo XIX no suele hacer nada, vive de las rentas.

Los dandis más famosos y sus recursos de apariencia. El arte de vivir bien

En Gran Bretaña, durante el período aristocrático-romántico llamado Regency, esto es, aproximadamente las dos primeras décadas del siglo XIX, aparece George Bryan Brummell (1778-1840). Este “arbiter elegantiorum” era llamado en su tiempo el “Beau Brummell”. El fue quien contribuyó en mayor medida a que el dandismo se

convirtiera en una actitud genérica, en un modo de comportamiento, más allá de la moda estética que afectaba a la indumentaria.

Se educó en Eton donde desde el principio se hizo popular por sus atuendos, y por su interés por la apariencia, de modo que le llamaban allí “Buck Brummell”. En Eton conoció al Príncipe de Gales. Después fue a estudiar a Oxford donde tuvo reputación de ingenioso y de lengua afilada. De regreso a Londres frecuentó la vida social y la amistad del Príncipe. Ingresó en el ejército, y llegó a capitán, pero lo abandonó por falta de tiempo para dedicárselo a sus actividades sociales.

Su exquisito gusto por la ropa le hizo modelo a seguir en cuanto a tendencias de ese momento y era copiado por todos. El Príncipe de Gales, futuro George IV, confiaba completamente en su palabra, que era ley para él en cuestión de apariencia, hasta el punto de que se le conocía como “ministro de la moda y el buen gusto”. El escritor Honoré de Balzac habla por extenso de Brummell en su Tratado de la vida elegante (Balzac, H. 1981; 1974).

Beau Brummell hizo de ser un dandi una forma de vida y todo un arte del comportamiento. Abogó por la higiene personal diaria y dicen que se bañaba en leche como Cleopatra. Dedicaba nueve horas de la jornada al acicalamiento de su persona. Decía que era capaz de cambiar de guantes seis veces al día, conforme la ocasión lo requiriera. Limpiaba y lustraba sus botas con champán; tenía tres peluqueros. Llevaba camisas impecables, y pantalones ajustados al cuerpo. No le gustaban las telas con brillo; usaba medias de seda, zapatos y botas de charol. Brummell simboliza, aún hoy, el ideal de elegancia masculina cuyo estilo se basa en: llevar el cabello limpio y bien cepillado; tener minuciosa higiene personal; llevar traje perfectamente cortado y planchado, sin la menor arruga.

La creación del traje masculino moderno: Brummell

A Brummell se le atribuye la creación del traje moderno de caballero vestido con corbata (o algún tipo de pañuelo anudado al cuello), y el haberlo puesto de moda. Él fue quien condenó la corbata-pañuelo negra que usaba Bonaparte. Sin embargo los dandis de Italia la preferían negra por ésa época, y el Príncipe de Gales, e incluso él, la llevaron de dicho color también.

Según otro dandi famoso del siglo XIX, Barbey D’Aurevilly, no había más dandy que Brummell, en cuya biografía escribió de él que era el artista del vestir más meticuloso de todos. Sobre los guantes de Brummell dice: “Brummell llevaba guantes

que se amoldaban a la mano como si hubiesen sido de muselina mojada. Pero el dandismo no consistía en la perfección de esos guantes, que seguían el contorno de las uñas como la carne misma, sino que hubiesen sido hechos por cuatro artistas especiales: uno para el dedo pulgar, y tres para el resto” (Barbey d’Aureville.1889; 1974: 37). El lujo de Brummell era más inteligente que deslumbrante; inventó esa gran regla de la toilette: “Para estar bien vestido es necesario no llamar la atención”.

Un dandi no tiene por que ser siempre de noble cuna pero ha de tener recursos económicos suficientes para poder llevar adelante el ritmo de vida y gastos que exige ser un dandi. Brummell era nieto de un tendero e hijo del secretario privado de un noble, que después entró en política con la suficiente fortuna personal como para mandar a su hijo a educarse en Eton. Lo demás, para convertirse en el dandi por excelencia, corrió de cuenta del propio George. La leyenda creada en torno a su nombre y su persona contribuyó a idealizarle pero también a construir todo tipo de caricaturas irónicas acerca del dandi como personaje y como mito.

Dandi: el hombre de moda durante el período romántico-burgués

Alfred Gabriel Guillaume, conde d’Orsay (1801-1852) fue “el hombre de moda” durante los años anteriores a la Revolución de 1848 en Francia. Es el prototipo de dandi francés de la primera mitad del siglo XIX.

Hijo de un general bonapartista y la hija natural de un duque inglés, fue dandi, y artista aficionado. También fue militar. En 1821 ingresó en el ejército francés de la monarquía borbónica restaurada, y fue Guardia de Corps de Luis XVIII. Conoció a Lord Byron y mantuvo correspondencia con él. Se casó con la hija del conde de Blessington. Fue amigo de Benjamín Disraeli quien diseñó uno de sus personajes, el conde de Alcibíades Mirabel, en su novela “Henrietta Temple”, con las características de Gabriel D’Orsay al que el autor dedicó la obra. Mantuvo relación de amistad con el príncipe Luis Napoleón hasta 1849. Cuando fue Napoleón III le ofreció a D’Orsay ser director de Bellas Artes, pero el conde murió antes de ostentar el cargo. Diseñó en Chambourcy una tumba piramidal para Lady Blessington, donde fue enterrado también él.

La indumentaria masculina, el paletot, y el conde d’Orsay.

D’Orsay puso de moda la prenda masculina de vestir llamada “paletot”. Es una prenda masculina semejante a la levita o gabán, de paño grueso, largo y algo entallado (Fig.4). El paletó fue la verdadera novedad en el vestir masculino del período romántico burgués. La prenda entró en la moda con los adjetivos de “cómodo y gracioso” que

rebelan la adaptación sufrida para aceptar una tendencia inevitable que al principio fue rechazada. El paletó fue considerado por la haute fashion, la moda elegante, como prenda imprescindible del dandy a pesar de su color oscuro y su tosco tejido.

Se cuenta que el conde Gabriel D'Orsay, el hombre más elegante de Europa, sorprendido por la lluvia en la calle pidió a un marinero que encontró al paso su "paletot" para protegerse rápidamente del imprevisto metereológico. Su ejemplo, que dictaba ley, puso de moda la prenda. Según la prensa de la época el paletó entró en la moda como lo más chic aunque tuviera origen popular, o quizá precisamente por ello. El dandi poniéndose el paletot por proceder él del refinamiento aristocrático avala el triunfo dentro de la moda de esta prenda de vestir masculina.

El paletot es, o puede ser, otro de los testimonios indirectos del auge de la burguesía, que al fin y al cabo tiene sus raíces en el pueblo o en las clases populares, y de la consolidación de la modernidad. Síntoma del proceso del ocaso de la clase social aristocrática tras la Revolución de 1830 en Francia, y después la Revolución de 1848, así como pueda ser síntoma de modernización generalizada al aceptar el uso de una prenda no porque sea lujosa o elegante sino por ser cómoda y comfortable.

Dandi del período del romanticismo tardío o victoriano, o el dandi fin-de-siècle

Jules Amedèe Barbey d'Aureville (1808-1889) destacó por su indumentaria que fue legendaria en los años 1860 en París. Hijo de una familia monárquica normanda cuya ascensión social se vio truncada por la Revolución Francesa. Creció en un ambiente jansenista y realista. Estudió en el Colegio Stanislas de París, y Derecho en Caen. Fue escritor, admirador de Balzac y Baudelaire. Éste último le cita en sus escritos como ejemplo de dandi intelectual. Durante los años 1860 fue famoso por ser un auténtico dandi. En 1871 se alista en la Guardia Nacional. En 1883 se instala en París como periodista. Fue biógrafo de Brummell. En sus escritos se caracteriza por la agudeza, la brillantez, y su capacidad para sorprender. Se le conoció como el "Condestable de las letras francesas".

Baudelaire habla de Custine, y de Molènes: son dandis que además de serlo escriben, son escritores, son dandis literarios. A finales del siglo el dandismo es el culto de la burguesía ciudadana dedicado a la belleza intelectual y a hacer de la vida de sus seguidores una forma de arte, pero el ideal se aleja en realidad, de alguna manera, de los

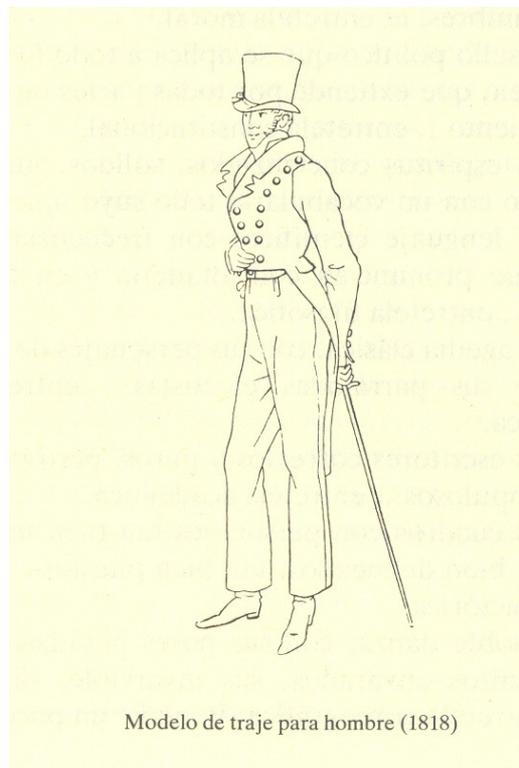
auténticos orígenes del dandismo histórico (diríamos), el de finales del siglo XVIII y período post-napoleónico.

El dandi fin-de-siècle es hijo de la moral victoriana contra la que se rebela. Se rodea de placeres, y de lo refinado porque todo eso no cabe en el día a día de la vulgar y real existencia burguesa, que lo rodea todo porque es mayoritaria, no minoritaria como lo era la antigua aristocracia desaparecida.

Pero su rebelión queda neutralizada por su pasividad. Es decir, el dandi no actúa. El dandi se rebela pero no actúa y esa tensión le lleva a la ironía, el sarcasmo, la insolencia y el escepticismo, como signos de identidad (Fig. 5). El dandi a finales del siglo XIX hace de sí mismo un mito (Carassus, Émilien. 1971). Pero, parafraseando el lamento de d'Aurevilly cuando se refiere al recuerdo que tiene de Brummell: la brillantez en la vida, la soberanía sobre la opinión, esa magnífica juventud que acrecienta la gloria, ese aspecto encantador y cruel al mismo tiempo, nada de esto ha trascendido porque el cant ha ahogado el grito de las almas, si es que hubo alguna que se atreviera a gritar (Barbey d'Aurevilly 1889; 1974: 52-153).

Figura 1: George Brummell. 1805. Ver en:

<http://en.wikipedia.org/wiki/Image:BrummellDighton1805.jpg>



Modelo de traje para hombre (1818)

Figura 2: Modelo de traje para hombre. 1818.

Figura 3: Jean-Auguste-Dominique Ingres. *Retrato de Monsieur Rivière*. 1805. Ver en:

<http://www.abcgallery.com/I/ingres/ingres2.html>

Figura 4: *Paletot*. 1850. Ver en:

http://es.wiktionary.org/wiki/Imagen:Mens_Coats_1872_Fashion_Plate.jpg

Figura 5: Giovanni Boldini. *Dandy Robert de Montesquiou*. Ver en:

http://upload.wikimedia.org/wikipedia/commons/8/8a/250px-Montesquiou%2C_Robert_de_-_Boldini.jpg

BIBLIOGRAFÍA

A.A.V.V. (1976) *Psicología del vestir*. Barcelona: Lumen.

ALBERONI, FRANCESCO (1976) "Observaciones sociológicas sobre el traje masculino" en A.A.V.V. *Psicología del vestir*. Barcelona: Lumen. 1976, pp. 61-75.

Balzac, Baudelaire, Barbey d'Aurevilly. *El Dandismo*. Barcelona: Anagrama. 1974, pp. 152-153.

BALZAC, HONORE (1981) *Oeuvres complètes*. París: Pléiade, t. XII, 1981.

BALZAC, HONORÉ (1830) "Fisiología del vestir. De la corbata, considerada en sí misma y en relación con la sociedad y los individuos". *La Silhouette*, nº de junio-julio de 1830.

BARBEY D'AUREVILLY, J. A. (1889) *Du Dandisme et du Brummell*. En, Balzac, Baudelaire, Barbey d'Aurevilly. *El Dandismo*. Barcelona: Anagrama. 1974, p. 137.

BAUDELAIRE, CHARLES (2000) "El Dandi" en, *El pintor de la vida moderna*. Murcia: COAYAT-Librería Yerba, pp.113-118.

BLANCO RATTI, P. E. www.protocolo.com.mx/articulos

CARASSUS, ÉMILIEN (1971) *Le mythe du Dandy*. París: Armand Colin, cop.

CLOTAS, SALVADOR (1974) *El Dandismo de nuestro tiempo*. Barcelona: Anagrama.

DILLON, BRIAN A Poet of Cloth, en:

<http://www.cabinetmagazine.org/issues/21/dillon.php>

Dime cómo andas, te drogas, vistes y comes... y te diré quién eres. (1980) Barcelona: Tusquets, pp. 125-145.

Dont't : A Manual of Mistakes and Improprieties more or less prevalent in Conduct and Speech. (1880) Londres: Field & Tuer.

DILLON, BRIAN A Poet of Cloth, en:

<http://www.cabinetmagazine.org/issues/21/dillon.php>

HUMPHRY, MRS. ("Madge" of "Truth") (s.a.) *Manners for men*. Londres: Ward, Lock & Co., Limited.

Nuevo Manual de Urbanidad, Cortesanía, Decoro y Etiqueta o El Hombre fino. (1889) Madrid: Librería de Hijos de D. J. Cuesta.

PENA, PABLO (1998) *Dandismo y Juventud*. Reis. 98/02 pp. 107-122.